

que era la directamente amenazada por Rusia, no declaró la guerra á ésta hasta el 6 de Agosto, y entonces sólo porque su aliada Alemania, iniciadora de las hostilidades entre las grandes potencias, estaba ya en guerra con Rusia. Esta es la firme convicción que se deriva de este y los otros documentos oficiales anteriores: si Alemania lo hubiera querido, Europa estaría hoy en paz. Sir de Bunsen lo dice terminantemente, refiriéndose á la estudiada precipitación de Alemania:

“Unos días de dilación pudieron con toda probabilidad haber salvado á Europa de una de las mayores calamidades de la historia.”

V

Bélgica ó el atropello con alevosía.

Cuanto más se ahonda en los orígenes de esta espantosa guerra, más rotunda aparece la culpabilidad de Alemania. No del pueblo alemán, ignorante de las verdaderas causas y de los verdaderos autores de esta insuperable catástrofe, sino la culpabilidad de la odiosa casta militar que la ha elaborado ideal y prácticamente durante años y que, a fin, la ha provocado. Dos son los principios proclamados por esa casta criminal: uno, que la guerra es una necesidad biológica, una ley de la evolución humana; otro, que ante esta bárbara ley natural todas las leyes humanas, todos los convenios jurídicos, son irrisorios artificios que cualquier soldado puede destruir con la punta de su espada.

Estos dos principios están ampliamente desarrollados en un libro que es como el evangelio de esta Alemania militarista. Son numerosos los libros de este género que en estos últimos años se han pu-

blicado en Alemania; pero ninguno supera en brutalidad inequívoca, en diáfano cinismo, al titulado *Alemania y la guerra próxima*, del general Bernhardi, discípulo del historiador Treitschke. Bernhardi señala entre sus antepasados ideales á Maquiavelo; pero en ningún tiempo, en ningún país y en ninguna lengua se había escrito una apología tan desenfundada de la fuerza bruta y jamás se había elevado la violación de tratados solemnes al rango de un principio de filosofía de la historia. Los que hemos admirado y admiramos y admiraremos aún la verdadera grandeza de Alemania, tenemos que sentir una inmensa tristeza de que en lengua alemana se hayan escrito juicios como los siguientes, tomados al azar del libro de Bernhardi:

“La guerra es el factor más grande para el avance de la cultura y del poder.”

“Los esfuerzos dirigidos hacia la abolición de la guerra no sólo son estúpidos, sino absolutamente inmorales y deben estigmatizarse como indignos de la raza humana.”

“El Estado está justificado en cualquier conquista siempre que por su propio provecho necesite adquirir nuevos territorios.”

“Los derechos reconocidos (por ejemplo, los derechos de un tratado) no son nunca derechos absolutos; son de origen humano y, por lo tanto, imperfectos y variables. Hay circunstancias en las cuales no corresponden á la verdad momentánea de las cosas; en este caso, el infringimiento de un derecho está moralmente justificado.”

“Las naciones débiles no tienen el mismo derecho de vivir que una nación potente y vigorosa.”

Cuando en 1911 apareció este libro, baldón de ignominia para la lengua en que ha sido escrito, considerósele generalmente como un desahogo individual, como un ensayo que podríamos llamar de utopía regresiva, como algo que en filosofía del derecho se había rebasado definitivamente y que, por lo tanto, no podía ejercer ninguna influencia en el mundo inmediato de la acción. Pero esta guerra es, por parte de Alemania, una ejecución casi literal del pensamiento de Bernhardi. Es la guerra por la guerra, la guerra por el poder de la espada; lo económico es en ella secundario, y eso de la cultura á cañonazos que los políticos y profesores alemanes han proclamado á boca llena desde el principio, es una zafia ironía que nos invitaría á morirnos de risa si no hubiese un mar de sangre humana por medio.

En cuanto á la santidad de los tratados, ya hemos visto repetidas veces cómo los políticos alemanes han juzgado la violación del que garantizaba la neutralidad de Bélgica. El canciller del Imperio, hablando con el embajador inglés en Berlín, lo calificó de “pedazo de papel”, aunque días más tarde tuvo la honradez de admitir en el Reichstag que habían cometido un crimen—una “injusticia”, dijo él—, y tuvo también la cínica audacia de prometer una compensación, como si la violación de la soberanía tuviese precio. El ministro de Estado alemán, hablando asimismo con el embajador inglés, reconoció también la injusticia de invadir Bélgica; pero la justificó diciendo que ese era el camino más corto.

Terrible es que unos gobernantes adopten la bárbara doctrina de un soldado insensible á toda con-

cepción moderna del Estado; pero aún hay algo más terrible, y es que esos mismos gobernantes, en vez de proclamar en todo tiempo y en voz bien alta su concepción de los tratados, para que los pueblos como Bélgica, que vivían al amparo de ellos, se preparasen adecuadamente para cualquier contingencia, han utilizado el engaño, con objeto de tener así más desprevenido al pueblo que intentaban invadir y saquear. En 1911 y en 1913, el Gobierno alemán dió al belga su palabra de que no pretendía violar la neutralidad de Bélgica. Puede argüirse que en tres años, y aun en un año, fué posible que las circunstancias cambiaran tanto, que en 1914 el Gobierno alemán estuviera incapacitado de cumplir las promesas sinceramente hechas en 1911 y en 1913. Este argumento tendría alguna validez, aun dentro de su salvajismo, si la promesa no hubiera sido reiterada sólo unas horas antes de enviar Alemania á Bélgica su ultimatum. Esta es la nueva revelación que el *Libro Gris* belga nos hace respecto de la buena fe de los políticos alemanes.

En él se cuenta cómo el 31 de Julio el ministro alemán en Bruselas informó al Gobierno belga que los propósitos del Gobierno alemán seguían siendo los mismos que los expresados por su predecesor, Flotow, en 1911, á saber: que Alemania no tenía intención de violar la neutralidad de Bélgica. Agregó el ministro que si tal declaración se hiciera pública, la situación militar de Alemania respecto de Francia quedaría debilitada, pues los franceses, seguros en cuanto á la frontera del Nordeste, concentrarían todas sus fuerzas en el Este. El día 2 de Agosto, hablando de nuevo el ministro alemán con el

ministro de Estado belga, le decía que "él (el ministro alemán) no había recibido hasta entonces instrucciones para hacer ninguna comunicación oficial; pero que Bélgica conocía su opinión personal acerca de la seguridad que tenía derecho á sentir por lo que se refería á su vecino del Este (Alemania)". El mismo día 2 de Agosto, á las cinco de la tarde, el mismo ministro alemán presentaba el ultimatum de Alemania á Bélgica, pidiéndole permiso para pasar sus tropas, so pena de tratarla como á enemiga. Al día siguiente, 3 de Agosto, contestaba Bélgica con sencilla dignidad que "se negaba á creer que su independencia pudiera mantenerse únicamente á costa de la violación de su neutralidad".

Una de las razones en que Alemania fundaba su agresión á Bélgica era que Francia intentaba atacar á Alemania, pasando por el territorio belga. Este es el argumento con que todavía están justificando algunos diplomáticos alemanes residentes en países neutrales, especialmente el de los Estados Unidos, el crimen perpetrado con Bélgica. Pero el 31 de Julio, el ministro francés en Bruselas había asegurado al Gobierno belga que "no tendría lugar ninguna incursión de tropas francesas por Bélgica, aun en el caso de que se acumulasen grandes fuerzas en las fronteras de vuestro país". El 1.º de Agosto, el ministro belga en Londres telegrafaba á su Gobierno cómo Francia había prometido también á Inglaterra el respeto de la neutralidad belga. En cambio, el ministro belga en Berlín comunicaba el mismo día que el ministro de Estado alemán había replicado al embajador inglés que "no podía contestar" á su

pregunta, relativa á si Alemania prometía respetar la neutralidad de Bulgaria.

El engaño, primero; el equívoco, después, y la brutal y sangrienta violación de un tratado, al fin, forman los peldaños del crimen de Alemania contra Bélgica, crimen que armó el brazo justiciero de Inglaterra. Tiene razón lord Bryce: "La fe en los tratados es el único cimiento sólido sobre el cual puede asentarse un Templo de la Paz." Ó como dice Lloyd George, con su gran fuerza expresiva habitual: "En política internacional, los tratados son la moneda en circulación."

Un pueblo cuyos pensadores y gobernantes proclaman los beneficios de la guerra por la guerra y elevan á un principio filosófico la violación de los tratados, es una terrible amenaza para el mundo entero, no sólo para los países circundantes. Y es natural que el mundo entero se una de hecho y espiritualmente para reducir á impotencia á unos locos, enfermos de megalomanía y de furia sanguinaria, que quieren destruir todas las bases del derecho internacional, todas las conquistas de la ética y que acaso sueñan en un retroceso de las sociedades humanas á la Edad Media, ó quizás pareciéndoles ésta demasiado próxima, á la dulce Edad de Piedra...

VI

Los alemanes buscan un culpable.

No parece que la polémica sobre la guerra, en España, aporte ninguna contribución original al aclaramiento de sus orígenes, y que, por lo tanto, se anticipe al fallo de la historia. Mientras unos sean germanófilos porque Gibraltar pertenece á Inglaterra ó porque Napoleón atentó contra nuestra independencia, ó porque gustan —por diversas razones— de las operetas de Viena, ó porque les agrada la cerveza de Munich ó la música de Wagner; y mientras otros sean francófilos porque París es la ciudad del mundo donde el placer ha llegado á su máxima industrialización, ó anglófilos porque los sastres ingleses cortan bien, ó rusófilos porque Tolstoi fué un gran escritor, ó nipófilos porque se encuentre genial su pintura, la polémica parecerá un debate de manicomio. Todas estas son razones poderosas para amar ó detestar un país; pero no sirven para fallar sobre la guerra. Fallar sobre la

guerra con algún fundamento de razón es responder con testimonios irrecusables á esta pregunta: ¿Quién ó quiénes son los agresores?

Nadie quiere cargar con el crimen; los alemanes menos que nadie. La guerra, á pesar de haber echado abajo, aparentemente, todo el frágil edificio del Derecho de gentes, sigue girando en torno del único eje posible: el del Derecho violado. Sólo hombres como Harden quieren elevar la guerra, por encima del Derecho establecido, á las transcendentales regiones de una moral cuyo imperativo es la imposición de la cultura alemana al mundo entero. Otros, los militares y militaristas exaltados, quieren colocar la guerra por debajo de toda moral y todo derecho, en el plano del puro instinto, del deseo de dominación sin finalidad alguna, de la fuerza bruta. Pero la mayor parte del pueblo alemán quiere sacudirse la tremenda responsabilidad del crimen. ¿Sobre quién?

El *Berliner Tageblatt* del 18 de Noviembre publicaba la reseña de una reunión celebrada en la sala de fiestas de la Cámara de Diputados prusiana. Dió una conferencia el escritor Axel Pipke sobre la idea del Estado moscovita, y fué su conclusión que á Rusia hay que arrojar todas las culpas de la guerra actual. El presidente de la Liga Anseática, el profesor Rudolf Riesser, allí presente, hizo uso de la palabra para dar su opinión de que la culpable no es Rusia, sino Inglaterra. Alemania está bien representada por estos dos juicios contrarios. Unos condenan á Rusia. Otros, á Inglaterra. Casi nadie á Francia. A todo esto, mientras el arduo problema no se resuelva, la mayoría de los alemanes no sa-

ben quién es el verdadero enemigo; esto es, el verdadero agresor de Alemania. La incertidumbre parece sospechosa, y es una invitación á buscar el criminal en otra parte. El canciller, Bethmann Hollweg, al abrir de nuevo el Reichstag, el 2 de Diciembre, trató de conciliar estas opiniones opuestas. A su juicio, corresponde la "aparente responsabilidad" á Rusia por haber movilizado su ejército. (Sobre si lo movilizó después de haber movilizdo Austria el suyo contra Serbia, con el conocimiento, la aprobación y probablemente la instigación de Alemania, nada nos dice el bizarro canciller, que se presentó al Reichstag en uniforme de general, sin duda para borrar del territorio alemán todo rastro de civilismo.) Pero la "verdadera responsabilidad" recae sobre Inglaterra, por no haber dicho á Rusia que no consentiría una guerra europea. Aquí tenemos á la omnipotente Inglaterra, responsable de la guerra europea por no haber dicho á Rusia que dejase á Austria engullirse á Serbia, como se había engullido á Bosnia y Herzegovina, y que, por lo tanto, renunciase á su política balcánica, que la misma Inglaterra, durante casi un siglo, había tratado en vano de contener por todos los medios, aun el de la fuerza, como lo prueba la guerra de Crimea. Inglaterra no pudo, en tanto que fué enemiga de Rusia, obligarla á renunciar á su influencia en los Balkanes, y ahora, que era aliada suya, quería el canciller alemán que la obligase por la fuerza. Resumen: Inglaterra, no habiendo llegado aún á la vejez colectiva, no pudo obligar á Rusia á desmovilizar, y si, por otra parte, Rusia no es responsable de la guerra, hay que buscar los criminales por otro

lado. Cada nuevo argumento que viene de Alemania para probar su inocencia demuestra esto: que su culpabilidad se hace cada día más clara, y que la estupidez de sus defensores es cada día un poco mayor.

Hasta el príncipe heredero de Alemania se ha sumado á este coro de inocentes; él, el alma del partido de la guerra. Se lo dijo á uno de esos heroicos *condottieri* de la pluma que el Gobierno alemán levó en algunos países neutrales para que cantaran desde Alemania la grandeza de lo *Deutschum* y la pureza y candor de sus gobernantes. Con las declaraciones del Kronprinz y del canciller coincidió la publicación del Libro Amarillo francés, el más aplastante de los documentos oficiales que han salido á luz hasta ahora. Á los menos observadores ha de extrañarles que Rusia, Inglaterra, Bélgica y ahora Francia, hayan presentado ya á la historia los testimonios de su conducta. Falta el libro de Serbia; pero no hace falta para saber ya que Austria quería extinguir su independencia. En cambio, Austria, la culpable original, ha sido la última de las grandes potencias en publicar su libro de defensa. Dato estupendo: en el libro alemán—el menos explícito de todos—sólo aparecen dos comunicaciones de Viena á Berlín, y ninguna de Berlín á Viena. ¿Dónde están las demás, todas las demás que debieron cruzarse durante los días fatídicos que precedieron á la guerra? Los políticos alemanes nos juran y rejurán su inocencia; pero han echado siete llaves á sus archivos diplomáticos. Muchos de los aliados del Oeste dicen que lo que hay que conquistar no es Alemania, sino la fábrica

de Krupp. Yo creo que un móvil tan digno como ese, el puro móvil de la verdad histórica, sería el de llegar á Berlín, para descerrajar los archivos oficiales y enterar al mundo de lo que hay en ellos.

El Libro Amarillo francés es un verdadero tesoro de historia política contemporánea. Deben leerlo, como los demás documentos oficiales, los que quieran tener una idea clara de la guerra. No sólo da pruebas definitivas de los preparativos de Alemania para la guerra, sino una impresión exacta del estado psicológico del pueblo alemán. Los gobernantes y jefes militares preparaban la guerra; el pueblo aceptaba su idea como algo fatal, ó económicamente necesario, ó conveniente para contener la marea socialista, ó por envidia del imperio colonial francés y por despecho del fracaso diplomático de Alemania en la cuestión de Marruecos. Mitad miedo, mitad ambición. Estas dos fuerzas fueron las que insuflaron en Alemania la guerra como una necesidad nacional. Es como si yo temiese que usted me arrebatase por la fuerza el reloj, y, con objeto de evitarlo, me lanzara sobre usted, y tras dejarle vencido para mucho tiempo le quitase su propio reloj; de este modo, de realizarse mis deseos, me encontraría yo con un enemigo menos y un reloj más.

Uno de los documentos más luminosos de Libro Amarillo francés es el despachado por Jules Cambon, embajador francés en Berlín, el 22 de Noviembre de 1913, describiendo una entrevista del Kaiser y Moltke con el rey de los belgas. Ambos vinieron á decirle que la guerra con Francia era inevitable y que el triunfo de Alemania era seguro. No sabe-

mos si con esto trataban los dos alemanes de ganar la alianza del belga por el terror ó de irle preparando para despojarle del Congo. El embajador francés se inclina á lo primero. En ese mismo despacho consigna el cambio experimentado por el emperador, en otro tiempo partidario de la paz y ahora dominado por el partido de la guerra. "Conforme los años empiezan á pesar sobre Guillermo II—dice Cambon,—ganan mayor ascendiente en su espíritu las tradiciones de familia, los sentimientos retrógrados de la corte, y, sobre todo, la impaciencia de los soldados. Acaso sienta una especie de celos por la popularidad adquirida por su hijo, que halaga las pasiones de los pangermanistas, y acaso sea que no halle la posición del Imperio en el mundo proporcionada á su poder." Quién sabe. Acaso los celos paternos de un hombre hayan sido un factor influyente en esta guerra. El Libro Amarillo francés está lleno de intuiciones psicológicas. Sobre él y sobre sus hermanos los libros publicados por los diversos Gobiernos deberán construir su criterio los que quieran que pese algo en esta polémica universal.

VII

Los móviles de la agresión de Alemania

¿Qué se proponía Alemania? ¿Qué móviles la impulsaron á levantarse contra el mundo entero? ¿Qué ambiciones materiales ó ideales eran las suyas? No hay labios que no se formulen estas preguntas frente á uno de los más herméticos enigmas históricos.

Desde luego sabemos que no se trata de una guerra encendida por el fanatismo religioso, ni siquiera por el odio racial. Es inevitable pensar en una razón económica. Pero tampoco el hecho económico puede darnos una explicación suficiente de este gigantesco conflicto. Cabe que Alemania persiga el enriquecimiento territorial, la anexión de alguno ó varios de los pequeños países centroeuropeos. Mas, ¿con qué fin? Probado está que no es un gran negocio la absorción de territorios como esos, tan industrializados, tan poblados. Los capitalistas y la burocracia de una nación expansiva prefieren territo-

rios vírgenes, con abundantes fuentes de riqueza no explotadas, adecuados para dar holgada ocupación á los adscritos al nepotismo. Es posible que Alemania tuviera, por lo menos, el proyecto de despojar del Congo á Bélgica. Quede aquí, por ahora, esta cuestión.

Pero parece que Alemania reservaba todo su peso para dejarlo caer sobre Francia, y que la invasión de Bélgica no tenía más que una importancia episódica. Podemos suponer que Alemania, después de su triste experiencia con Alsacia y Lorena, no soñaba con incorporarse nuevas provincias francesas; pero acaso pretendía entrar á saco en sus colonias africanas. Sin embargo, los documentos oficiales publicados por el Gobierno inglés y los discursos parlamentarios de Asquith y Grey atestiguan que uno de los precios ofrecidos por Alemania á Inglaterra por su neutralidad fué la promesa de respetar la integridad territorial de Francia.

Todas estas consideraciones inclinan á sospechar que tampoco ha guiado á Alemania un móvil exclusivamente material; quizás entrara en sus cálculos; pero no ha sido, sin duda, un factor exclusivo, ni siquiera preponderante. Entonces, ¿cómo se explica el terrible gesto de Alemania? ¿Qué otras fuerzas han podido impelerla?

En mi entender, han intervenido aquí dos sentimientos opuestos, y ambos se han concertado para desatar por el mundo los vientos de la guerra. Uno ha sido un sentimiento de pánico. En Alemania eran muchos los que creían que Europa entera estaba conspirando contra ellos, envidiosa de su engrandecimiento intelectual y material. No puede negarse

que había un fondo de verdad en esta sospecha; pero ha de reconocerse también que la sospecha excedía con mucho á la realidad, y que esta trágica realidad de hoy es más bien producto de la suspicacia alemana que de otra cosa. Poseídos de esta perpetua inquietud, de este miedo á la exagerada envidia europea, no hay que extrañarse si en un momento se ha apoderado de ellos el pánico y han decidido de una vez jugarse su destino.

Pero yo creo que el pánico no ha sido tampoco el sentimiento directivo, sino el secundante. El inicial ha debido ser otro. Para nadie es una incógnita el militarismo alemán, que no se conforma con ser la fuerza dominante dentro del país, sino que aspira, como en ningún otro pueblo, á imponer su soberanía al mundo. La idea de una autocracia universal, que considerábamos muerta después de Napoleón, pervive aún en la oficialidad alemana. El partido militarista alemán, aislado de las corrientes ideales del mundo y exaltado en su soledad por el continuo estudio de teatralidades militares del pasado, está animado de esta idea. Basta leer un libro como el del general Bernhardt, *Alemania y la guerra próxima*, escrito hace unos dos años.

Á ese partido le faltaba el hombre representativo, y ya lo ha encontrado en la persona del príncipe heredero. Si en Alemania hay un hombre que sea responsable del presente conflicto, ese hombre sólo puede ser él. Me parece un error suponer que la responsabilidad de la guerra corresponde fundamentalmente á Guillermo II. Más bien hay motivos para creer que ha ido á ella arrastrado por la camarilla militar que capitanea su hijo.

El emperador de Alemania, á pesar de su teatralismo, es un hombre á quien los años han ido sofrenando los ímpetus que ahora aparecen reencarnados en el heredero.

De todos modos, sean cuales fueren los últimos fundamentos psicológicos de esta guerra, todo el mundo ha formado acerca de ella una concepción decisiva. Se trata de una lucha internacional entre el imperialismo de Alemania y el sentimiento democrático de Inglaterra y Francia. Alemania ha sido durante años el obstáculo á una limitación de los armamentos. Su actitud de intransigencia militar ha sido un escollo donde han naufragado las Conferencias de La Haya y las iniciativas de inteligencia intentadas posteriormente por Inglaterra. Este resultado era inevitable. Y ahora, ó el obstáculo se hace soberano y dicta su voluntad autocrática al mundo, ó se le barre de en medio y Europa penetra definitivamente en una era de concordia y de razón.

Triste es el destino de los soldados que se están despedazando y en ellos hemos de ver hombres antes que individuos de una ú otra nacionalidad; pero si los compadecemos á todos lo mismo, la causa que defienden, consciente ó inconscientemente, no puede sernos igual. Por fuerza hemos de poner nuestro sentimiento histórico al lado de los que luchan por la democracia, por la continuidad progresiva de la historia. El militarismo alemán es un producto de regresión que arranca de las mismas entrañas de la Edad Media y no podemos menos de desear su acabamiento aun los que admiramos á Alemania. Se equivocan los que piensan que los

soldados alemanes traen en las puntas de sus bayonetas la cultura alemana. Por lo menos, no la clásica. Y nadie más interesado que la cultura clásica alemana en que desaparezca del mundo esa casta de militares y burócratas empeñados en destruir el espíritu democrático de Europa.

VIII

El fracaso de la diplomacia alemana

En el informe del embajador inglés en Berlín sobre la ruptura de las relaciones diplomáticas con el Gobierno alemán, hay unas palabras que revelan toda la tragedia de la diplomacia alemana. Son aquellas en que Sir E. Goschen, el embajador inglés, describe su visita de despedida á Bethmann Hollweg, el canciller imperial, y á von Jagow, el ministro de Estado. "En una breve conversación que tuve con Herr von Jagow—dice el embajador británico—me expresó su profundo sentimiento al ver que se desmenuzaba toda su política y la del canciller, la cual consistía en ganar la amistad de la Gran Bretaña y después, por medio de ésta, aproximarse más á Francia."

"Al canciller—prosigue el embajador—le hallé muy agitado. Su Excelencia comenzó inmediatamente una arenga que duró veinte minutos. Dijo que el paso dado por el Gobierno de S. M. era te-

rrible en grado extremo; sólo por una palabra—“neutralidad”, una palabra que en tiempo de guerra había sido desconsiderada tantas veces, — sólo por un pedazo de papel (el Tratado sobre la neutralidad de Bélgica), la Gran Bretaña iba á hacer la guerra á una nación consanguínea que no deseaba otra cosa sino ser amiga suya. Todos sus esfuerzos en ese sentido habían quedado inutilizados por este terrible paso y la política á la cual se había dedicado desde su advenimiento al Poder se derrumbaba como un castillo de naipes.“

Estas son las palabras con que el canciller alemán recibió la declaración de guerra de la Gran Bretaña. La neutralidad no es más que una palabra; los tratados, pedazos de papel. Esto es, los compromisos de la conciencia no sirven de nada; las transacciones carecen de valor. Y un hombre que piensa así respecto del derecho internacional, quería detener á Inglaterra con la invocación sentimental de su parentesco y de sus deseos de amistad. Por un lado, la fuerza; por otro, el sentimentalismo. La razón, el derecho, son valores que caen fuera de la zona de la conducta. Queden para distracción de algunos profesores seniles. En la cabeza de un gobernante alemán—y en las de cuántos profesores alemanes!—no hay cabida para esos productos cerebrales. Y estos hombres son los que han arrasado Bélgica y parte de Francia en nombre de la cultura europea frente á la barbarie moscovita.

Pero esas palabras no sólo denotan un grado inferior de cultura moral: son al mismo tiempo una trágica confesión de impotencia política. Es notorio que el emperador alemán se ha esforzado en atraer

á su órbita á todas las naciones europeas. Al principio de su reinado buscó la colaboración de Rusia siguiendo el ejemplo de Bismarck y olvidándose entonces de la barbarie y el peligro moscovitas. Luego rondó á Francia. La alianza francorrusa, primero; el convenio anglorruso, después, y, al fin, la Triple Entente, fueron desbaratando todos los planes internacionales del emperador. No logró atraerse á las potencias más fuertes de Europa ni tampoco pudo mantenerlas aisladas. Sólo consiguió la alianza de Austria, un país débil é internamente deshecho, y la de Italia, cuyo espíritu de solidaridad ya lo hemos visto. En estos últimos tres ó cuatro años Alemania había reanudado sus tentativas de aproximación á Inglaterra ó, mejor dicho, había aceptado hasta cierto punto las ofertas de amistad hechas por el Gobierno británico, sin duda con el propósito de quebrar ó, por lo menos, debilitar la Triple Entente. Estos ensayos de amistad hicieron creer á Alemania que Inglaterra la consentiría aplastar á Francia y asestar un terrible golpe á Rusia.

Nunca será posible descubrir todas las causas de este gran acontecimiento que gravita sobre todos nosotros; pero á los indicados puede añadirse otro: el fracaso de la diplomacia alemana. Alemania había llegado al convencimiento de que el procedimiento de la expansión pacífica, en el que Inglaterra ha sido una insuperada maestra, no la conduciría muy lejos; desaparecido Bismarck, los diplomáticos alemanes, empezando por el emperador, han hecho el papel de niños estúpidos en manos del resto de la diplomacia europea. Esta certeza habían ganado: que con su inteligencia no conquistarían

un palmo de terreno en Asia ni en Africa. De ahí sus ensayos de fuerza. La anexión de Bosnia y Herzegovina á Austria fué obra de Alemania para humillar á Rusia. El golpe de Agadir en 1911 fué un tanteamiento del terreno, un poner á prueba la inteligencia de Francia é Inglaterra. La guerra de 1914 es un acto de desesperación en que Alemania pide á sus soldados el poder que no lograron sus diplomáticos.

Su último fracaso diplomático ha sido ése: el no haber podido evitar la intervención de Inglaterra. De haberlo conseguido, acaso hubiera triunfado de Rusia y Francia, y su supremacía hubiera sido absoluta en el Continente europeo. Después de esto hubiera podido dedicarse durante unos años á aumentar su escuadra para disputar entonces la supremacía naval á Inglaterra. La intervención de ésta no sólo ha hecho, más que difícil, imposible la supremacía, sino que ha expuesto á Alemania á ver reducido su poder terrestre y naval al rango de una potencia de segundo orden.

Comprendemos la excitación del canciller, el cual — dice el embajador inglés — “estaba tan evidentemente rendido por la noticia de nuestra acción y tan poco dispuesto á oír razones, que me abstuve de añadir con nuevos argumentos combustible á la llama”. También se explica el gesto de cólera del emperador al devolver al representante británico los títulos de mariscal de campo y de almirante que Inglaterra le había otorgado en épocas anteriores.

IX

La intervención de Inglaterra.

El Gobierno alemán ha ideado un medio de tenernos al corriente de sus opiniones sobre la guerra. Las estaciones de telegrafía sin hilos lanzan por los aires mensajes que recogen las estaciones situadas en países enemigos. La Compañía Marconi, de Londres, recibe á diario algunos de estos despachos, en que los gobernantes alemanes se quejan de la perfidia de sus enemigos, á los cuales esperan vencer con la ayuda de Dios...

Uno de esos despachos fué una declaración del canciller del Imperio. En él se lamentaba de la intervención de Inglaterra, “á pesar del parentesco de sangre y de obra espiritual y cultural que existe entre ambos países”. El canciller alemán culpaba á Rusia, “cuya insaciabilidad y bárbara insolencia han determinado esta guerra”; Alemania, “nuestra raza eterna, se ha levantado en una lucha por la libertad, como en 1813”, contra una “barbarie semi-